

y arrojarlos al mar. Sin embargo, tenían á su favor la justicia y la verdad. Su invencible paciencia anunciaba la bondad de su causa, así como las rebeliones y el espíritu sanguinario de los hugonotes prueban la injusticia de la suya.

Es verdad que han causado menos desórdenes ruidosos en el reinado actual que en los anteriores; pero no les faltaba la voluntad sino el poder de perturbar. Con todo eso se han hecho reos de algunas violencias y de una infinidad de contravenciones, algunas de las cuales se han disimulado, y otras han sido castigadas con la supresion de ciertos privilegios. A pesar de sus protestas magníficas de fidelidad, y de su aparente sumision á la autoridad suprema, subsistia siempre, y se descubria alguna vez el mismo espíritu inquieto y de faccion. Al mismo tiempo que el partido hacia al Rey ofertas generosas, y aun las realizaba, se sabia por avisos seguros que maquinaba ocultamente en las provincias distantes y tenia inteligencias con los enemigos de fuera. A la vista tenemos las actas auténticas de los sínodos clandestinos, en que decretaban ponerse bajo la proteccion de Cromwel cuando menos se pensaba en inquietarlos; y subsisten generalmente las pruebas de sus conexiones criminales con el Príncipe de Orange.

„El ódio entre católicos y hugonotes era siempre el mismo. Las mas acertadas disposiciones no eran capaces de pacificar y reunir dos partidos, uno de los cuales tenia tantas razones para sospechar de la rectitud y de las buenas intenciones del otro. Los

católicos no querian admitir á los hugonotes en las asambleas de las parroquias, y éstos no querian contribuir á los gastos de fábrica y de comunidad. Se disputaban unos á otros los cementerios y las fundaciones piadosas, se indisponian y se insultaban recíprocamente. Los hugonotes perturbaban á los católicos en los dias de fiesta, haciendo corrillos al rededor de las iglesias, y cantando canciones profanas. Indignados los católicos salian algunas veces del santuario para echar de allí á los perturbadores; y cuando los hugonotes estaban en sus templos, rara vez dejaban los católicos de usar de represalias.

„Aunque el Rey sabia muy bien que los hugonotes no tenian por títulos primordiales de sus privilegios mas que la injusticia y la violencia, y le parecia que las nuevas contravenciones á las leyes relativas á ellos eran una razon suficiente para privarlos de la existencia legal que se habian arrogado, quiso no obstante consultar antes de tomar una resolucion definitiva. Tuvo conferencias sobre este punto con las personas mas instruidas y mejor intencionadas del reino; y en un consejo particular, á que asistieron dos teólogos y dos jurisconsultos, se decidieron dos cosas: la primera, que el Rey por todas razones podia revocar el edicto de Enrique IV, con el cual pretendian cubrirse los hugonotes como con un broquel sagrado; y la segunda, que si su Magestad lo podia lícitamente, debia egecutarlo en obsequio de la religion y por el bien de los pueblos. Confirmado mas y mas el Rey con esta respuesta, dejó madurar todavía

su proyecto por espacio de un año, empleando este tiempo en combinar la ejecución por los medios mas suaves. Cuando su Magestad propuso en el consejo que se tomase la última resolución sobre esta materia, hizo presente el Delfín, fundándose en un escrito anónimo que le habian dirigido el dia antes, que habia motivo para creer que á los hugonotes no les cogia de nuevo lo que se les estaba preparando: que acaso era de temer que echasen mano de las armas contando con la proteccion de los Príncipes de su religion; y que supuesto que no se atreviesen á hacerlo, saldrian del reino muchos de ellos, lo que perjudicaria al comercio y á la agricultura, y por consiguiente disminuiria las fuerzas del estado.

„Respondió el Rey que todo lo habia previsto mucho tiempo antes, y á todo habia atendido: que nada le seria mas doloroso que derramar una sola gota de sangre de sus vasallos; pero que tenia buenos egércitos y buenos generales para valerse de ellos en caso necesario contra los rebeldes que se empeñasen en ser destruidos. En cuanto á la razon de interés, la juzgó poco digna de consideracion comparada con las ventajas de una providencia que restituiria á la religion su esplendor, al estado su tranquilidad, y á la autoridad todos sus derechos. Se acordó, pues, con unánime consentimiento la supresion del edicto de Nantes. El Rey, que queria tratar siempre como padre y aun como pastor á los vasallos que menos afecto le tenian, no omitió ningun medio que pudiese ilustrarlos y atraerlos á la verdadera creencia. Se

concedieron pensiones; se distribuyeron limosnas; se establecieron misiones, y se esparcieron por todas partes libros que contenian instrucciones proporcionadas á los sábios y á los ignorantes.

„Correspondió el éxito al acierto con que se eligieron los medios; y aunque, atendiendo á las declamaciones acaloradas de algunos ministros hugonotes, parece que el Rey armó á la mitad de sus vasallos para degollar á la otra mitad, lo cierto es, que todo se ejecutó con gran satisfaccion de su Magestad sin efusion de sangre y sin desórden. En todas partes fueron purificados ó demolidos los templos: abjuró el mayor número de los hugonotes; los demás se prepararon á la abjuracion, asistiendo á las oraciones é instrucciones de la Iglesia; y todos enviaron sus hijos á las escuelas católicas. Los mas sediciosos, atolondrados con este golpe vigoroso, y viendo que era fácil castigarlos si intentaban rebelarse, se mostraron muy tratables. Los de París, que no tenian ya un Claudio que los conmoviese, dieron egemplo de sumision. Los mas obstinados en la heregía salian del reino, y con ellos la semilla de todos los disturbios. Toda Europa se admiró de la prontitud y facilidad con que el Rey, sin mas que un edicto, destruyó una heregía que habia obligado á seis Reyes, predecesores suyos, á tomar las armas, y por último á transigir con ella.

„Se ha exagerado infinitamente el número de los hugonotes que salieron del reino en esta ocasion; y debia suceder así, porque como los interesados son

los únicos que hablan y levantan el grito, afirman todo lo que les agrada. El ministro que veía su rebaño disperso, publicaba que habia pasado á país extranjero. El dueño de una fábrica que habia perdido dos oficiales, hacia su cálculo como si todos los fabricantes del reino hubiesen experimentado la misma pérdida que él. Diez trabajos que saliesen de una ciudad en que tenian varios conocidos y amigos, hacian creer con el rumor de su fuga, que iban á faltar brazos para todos los talleres. Lo que admira es que muchos magistrados, en las instrucciones que me dirigieron acerca de lo ocurrido en sus distritos, adoptaron estos rumores populares, y dieron á entender así la instruccion que tenian en las cosas en que debian estar mas versados. Por tanto fue contradicha su relacion por otras varias, y se averiguó que era falsa por las noticias positivas que se adquirieron en muchos parages. Aun cuando el número de los hugonotes que salieron de Francia en esta ocasion, ascendiese, segun el cálculo mas exagerado, á sesenta y siete mil setecientos treinta y dos personas, no debian hallarse en este número, que comprendia todas las edades y sexos, tantos hombres útiles que dejasen un vacío en el campo y en los talleres, é influyesen en todo el reino. Por otra parte, es cierto que este vacío nunca debió conocerse mas que en el momento en que se verificó; pero entonces no se advirtió, y ahora se quejan de él. Es, pues, necesario buscar otra causa. La hay en efecto, y esta causa es la guerra. En cuanto á la fuga de los hugonotes, costó menos

hombres útiles al estado que los que le quitaba un solo año de guerra civil.

„En vista de esto, es muy estraño que ciertas personas se dejen alucinar con las razones mas frívolas, hasta el extremo de dudar si seria ventajoso reponer las cosas en el antiguo estado, y por consiguiente, que hubiese justa causa para hacer lo que se hizo. Pero en la suposicion, que seguramente es muy falsa, de que no hubiese habido razon para hacer lo que se hizo, sostengo que la habria mucho menos para deshacerlo ahora. Seria esto lo mismo que arruinarse en demoler una fortaleza, porque al levantarla quedó exhausto el erario. Hay sinrazones de las cuales es necesario saber aprovecharse, y que solo se podrian reparar con otras mayores. Cabalmente sucedería aquí esto. Si se llamase otra vez á los hugonotes, ¿no seria decirles: tenemos necesidad de vosotros, os hemos hecho una injusticia, y os pedimos perdon? ¿Qué orgullo no inspiraria esta conducta á semejantes vasallos? ¿No se creerian entonces con mas derecho que nunca para transigir con un Soberano, y aun para darle la ley? ¿Llamar á los hugonotes, no seria lo mismo que llamar á los amigos de los enemigos de la Francia? Y los que seguian correspondencia con ellos en el tiempo en que se los dejaba quietos, ¿les serian menos adictos, y nos serian mas fieles á nosotros, cuando tuviesen á la vista á los autores de sus desgracias, y les renovase el agradecimiento la memoria de los que los habian acogido en sus reveses? Llamar otra vez á los

hugonotes, seria ofrecer á toda Europa una lastimosa variacion de principios en un asunto que debió ser, y fue en efecto, el resultado de las mas maduras deliberaciones: seria en una palabra apartarse de aquella firmeza política que constituye la seguridad de los imperios, y además de hacerse ridículo, esponer el estado á infinitos peligros. No hablo de los intereses de la religion; porque si se adoptase un pensamiento tan absurdo, quedarian los recién convertidos espuestos á las burlas, á las persecuciones y á un peligro evidente de reincidencia; y antes de medio siglo vendria á hallarse en Francia la religion en el infeliz estado en que la vemos en los pueblos vecinos.

„No se trata aquí de saber cómo pueden ser compatibles en otras partes las dos religiones: la experiencia mas larga y mas funesta ha demostrado que no pueden estar unidas en Francia; y éste es el punto á que debemos atenernos sin perderle jamás de vista. Siguiendo Catalina de Médicis la idea faláz de esta conciliacion, habia pretendido contener á los dos partidos, y contemporizar con ellos. ¿Qué resultó de su política? La mayor confusion, y por último la execrable escena del día de San Bartolomé, la cual creyó necesaria la Reina para acabar de una vez con los hugonotes, á quienes habia hecho su benignidad mas insolentes y mas inquietos. ¿Pero no basta lo que acaba de suceder en la provincia de Cevenes, para persuadir el acierto de la resolucion del Rey y la necesidad de sostenerla? Por los inauditos excesos y horribles latrocinios que acaban de cometer los

hugonotes en el Lenguadoc, debemos juzgar de los demás males que hubieran podido causarnos durante la guerra actual, si se hubiesen hallado con el mismo poder que tenian veinticinco años há. Y en el momento en que estoy escribiendo ésto, cuando el partido con una moderacion fingida parece que desaprueba los horrores cometidos por los revoltosos, vemos por algunas cartas interceptadas, que subsisten todavía sus conexiones con los ingleses.”

39. Tal es la memoria del célebre duque de Borgoña, á la cual es difícil oponer ninguna cosa de un modo medianamente plausible. Pero oigamos tambien á los prelados franceses (1). „ Los tiempos han variado mucho (se les decia á mediados del siglo diez y ocho); pero los discípulos de Calvino (replacaban ellos) son siempre los mismos: fueron rebeldes por principios, lo son por hábito, y son republicanos por sistema. ¿Quién podrá haberse olvidado (añadian) de que en la desgraciada guerra de la sucesion de España, escitaron los mayores disturbios en el tiempo en que el Monarca estaba mas agoviado con la liga mas formidable; que ocuparon por espacio de muchos años á uno de los célebres capitanes de Francia con tropas numerosas, tan necesarias en otra parte para defender las fronteras; que llamaron al seno de Francia á los mayores enemigos de este reino, y que á no haber sido por la celeridad del mariscal

(1) Carta del obispo de Agen al contralor general, 1 de Mayo de 1791.

de Noailles, que acometió á los ingleses desembarcados en Certe antes que hubiesen podido unirse con ellos los hugonotes de Cevenes, la Francia molesta da por los egércitos de tres naciones, y teniendo que luchar en lo interior con sus propios vasallos, se hubiera visto espuesta al mayor peligro. ¿Quién no conserva todavía en la memoria unos hechos menos distantes, unos hechos que han sucedido en nuestro tiempo y á nuestra vista? ¿No hemos presenciado los movimientos que hicieron en las guerras del reinado último? ¿Sus juntas en las varias provincias; las falsas noticias que esparcian; la alegría que manifestaban cuando eran derrotados los egércitos franceses, y la afliccion que se veía pintada en sus semblantes cuando conseguian alguna victoria?"

Supo el gobierno en 1742, que tenian correspondencia con los ingleses (1). Como los miramientos con que se les trató al principio sobre este punto, solo sirvieron para inspirarles mas audacia, y sus juntas degeneraron dos años despues en sublevaciones y alborotos en el Lenguadoc, se envió tropa á Montalban para contenerlos. Entonces se rebelaron abiertamente; tomaron las armas; hubo combates, y quedaron muertos y heridos muchos hugonotes y soldados del Rey. Habiéndose prendido en 1761 á un predicante de la secta en Causada, cerca de Montalban, volvieron á tomar las armas, y hubo efusion de sangre por una y otra parte.

Pero son en corto número, y por consiguiente

(1) *Sent. capit. dad. en Montalb. y en Tolos.*

poco temibles. Objecion de mala fe, y manifiestamente ilusoria, como advierten tambien los prelados franceses (1). „Se dice que son en corto número, cuando con imprudencia se quiere calmar las inquietudes relativas á la tranquilidad pública; y cuando se pretende inspirar otras (con motivo del comercio por ejemplo) se exagera este número contra toda verosimilitud. Son en corto número; pero si son malos vasallos, como se ha visto hasta estos últimos tiempos, son siempre demasiados. Por pocos que sean los malos vasallos que haya en un imperio, siempre son muy temibles; y las pocas ventajas que pueden esperarse de su corto número, no deben preponderar á unos recelos tan justos. ¿Son en corto número? No conviene, pues, contribuir á que se multipliquen. Son en corto número; pero aun eran menos numerosos en tiempo de Enrique II, y sin embargo, en el espacio de los trece años que corrieron despues de su muerte, se hallaron en estado de dar cuatro batallas contra sus sucesores; y despues de tantas derrotas, eran todavía tan formidables, que consiguieron una paz, la cual los puso en una situacion mas ventajosa que antes de la guerra.”

40. Convengamos en que son pocos; pero sus auxiliares y sus reclutas, si podemos esplicarnos así, están siempre prontos, y al momento que enarbolan sus banderas acudirán á incorporarse con ellos. Hay entre el calvinismo y la impiedad encubierta con la

(1) *Carta del obispo de Agen.*

capa de la filosofía una confraternidad, que solo puede parecer dudosa á los hombres atolondrados ó de mala fe. Siguiendo con el clero de Francia el camino luminoso que señaló el grande obispo de Meaux, todo el que tenga talento para observar, verá en la incredulidad moderna un vástago de la reforma herética del siglo diez y seis (1). ¿Quién no echará de ver, por egemplo, en los escritos del ciudadano cínico de Ginebra las máximas elementares del adusto Calvino, revestidas con el torpe colorido de Bocacio? Del luteranismo, por medio del sentido particular ó de la interpretacion arbitraria de los libros sagrados, salieron desde luego el zuinglianismo, el anabaptismo y el calvinismo insolente, que al pronto afectó la superioridad sobre el zuinglianismo que le habia dado el sér, y luego se le dió él al socinianismo. Y sin recurrir á los títulos de una filiacion tan bien comprobada, ¿no hemos visto á la escuela de Ginebra, vaticano de la herética reforma, dar en 1777 á Europa indignada el escandaloso espectáculo de una conclusion pública y aplaudida, en que se hacia problemática la divinidad de Jesucristo?

Del socinianismo, como lo habia presentido el hábil prelado que acabamos de citar, del socinianismo, que desecha una parte de la revelacion, ha nacido el deísmo que la destruye toda, y no tiene mas norma que lo que él llama razon. Como esta razon soberbia no tiene ya ningun freno, se precipitó en

(1) *Mem. del cler. de Fran. reun. en 1780.*

los abismos del materialismo, del ateísmo y de ese monstruoso filosofismo, que no hace distincion entre el vicio y la virtud, y que no conociendo otro principio de moral que el impulso de sus inclinaciones brutales, se revuelca en la obscenidad, y la derrama en todas sus producciones (1). Todo esto se comprueba con hechos. Es constante que el filosofismo traído á Francia desde las islas Británicas, no nació en Inglaterra, inficionada mucho tiempo antes con el cisma y con la heregía, hasta que vino la tiranía de Cromwel, cuando prevaleció en aquel reino el *punitanismo*, ó un calvinismo fanático. Consta tambien por la historia, que despues de la rebelion de las Provincias-Unidas, luego que los rebelados no tuvieron mas religion que el calvinismo, se adoptó en ellas el sistema de la tolerancia absoluta, esto es, de la indiferencia entre todas las especies de cultos, sin exceptuar el mahometismo ni el paganismo. El gran principio de este sistema, es que los hombres pueden salvarse en todas las religiones, ó por mejor decir, que en ninguna deben tratar de su salvacion, de manera que todas las prácticas religiosas son un asunto de policia, ó mas bien de nada.

No podemos disimular que la Francia, con tanto ó mayor escándalo quizá que la Holanda y la Inglaterra, cayó en la impiedad mal cubierta con la máscara filosófica; y aun se ha permitido (dicen los prelados franceses) que haga mas daño en aquel reino, que el que habia causado en todo el universo

(1) *Discurso de un ministro patriota, p. 223 y 224.*